

Estados Unidos: Más realismo que lamentos

NUEVA YORK (José M Carrascal, corresponsal) Arriesgado juego es éste de las profecías hacia atrás, aparte de que la política no se hace con pretéritos pluscuamperfectos de subjuntivo, sino con presentes y, todo lo más, con futuros. Pero también es verdad que uno de los juegos más viejos e irresistibles de la Humanidad es hacer conjeturas sobre el pasado que no pasó. Como éste que nos propone a los corresponsales la dirección de A B C. ¿Cómo hubiera reaccionado la Administración Reagan si hubiera triunfado el golpe de Tejero y con quien él estuviese?

Tenemos cuatro claves para resolver la adivinanza:

- La actitud del secretario de Estado, Haig, mientras el golpe estaba en progreso, negándose a hacer declaraciones «porque se trata de un asunto interno español».

- La llamada telefónica del presidente Reagan al Rey Don Juan Carlos, al día siguiente de la intentona, para felicitarle, y el mensaje que le envió cuatro días después, en el que aplaude «la valerosa y valiente determinación que mostró al enfrentarse con el desafío a las instituciones democráticas en España», y le asegura que «tiene el apoyo de los Estados Unidos en sus esfuerzos».

- El saludo de felicitación y admiración que Richard Allen, ayudante del presidente Reagan, transmitió en nombre de éste a Adolfo Suárez durante la cena que le dio nuestro embajador en Washington.

- La resolución del Congreso USA felicitando al Rey, Gobierno y pueblo de España por la «firme adhesión a la democracia manifestada con motivo de la toma del Parlamento» y reiterando que «el proceso democrático español es una importante contribución a los intereses de los Estados Unidos».

Pero todo ésto, no nos engañemos, ocurrió a toro pasado. El verdadero tono de la actitud norteamericana lo dió el secretario de Estado, Haig, con su «asunto interno español», que sería posiblemente la actitud que aquí se adoptase de haber triunfado el golpe, como fue la que se adoptó ante el turco. Se adapta, además, a la filosofía de la Administración Reagan, que considera la política de derechos humanos y pureza democrática mantenida por Carter de «intervencionista». Aparte de que, si se usaba contra aliados, podría resultar contraproduktiva, como se demostró en Irán y Nicaragua.

No meterse, pues, en sus asuntos «internos», mientras no abandonen el campo occidental, es la actitud que en el nuevo Departamento de Estado prevalece.

Claro que tampoco podría ignorarse la actitud de los aliados europeos, posiblemente más condenatoria. Ni la actitud que adoptarían los golpistas: si eligiesen el camino de la pura represión y el rompimiento absoluto con todo lo que ha pasado en España durante los últimos años, Washington no tendría más remedio que poner distancia con ellos, aunque sólo fuera por mantenerse a tono con los aliados. Pero si los golpistas anunciaran que sus objetivos eran sólo parciales, que querían únicamente «acabar con el terrorismo y resolver otros problemas urgentes del país», con la promesa de «restablecer el régimen democrático tan pronto como las circunstancias lo permitan», es muy posible que el Departamento de Estado de Alexander Haig se hubiese limitado a «lamentar la interrupción del orden constitucional en España».